

DE PIN- TU- RA

por Carlos
Rodríguez
Saavedra

Una tarde de invierno, en 1953, o en 1954, apareció Jorge Piqueras en París. Acababa de llegar de Lima. Durante su primera estada en Europa habíamos vivido juntos en Madrid, en el año 1949, en pensiones de estudiantes en el barrio de Argüelles o en pensiones de actores en la Carrera de San Jerónimo. Volvía a Europa, con su mujer y sus hijos, luego de una temporada de experiencias limeñas. Lucía una barba cortada en redondo sobre la que aparecían sus rasgos de niño y su mirada inquieta, directa, cordial. Dedicado por entero a la pintura, había resuelto establecerse indefinidamente en Europa. Me contaba sus proyectos, ante la severa belleza de Graty, su mujer, en la mesa de un café-restaurante de la Rue de Seine.

Afuera, entre galerías de arte y tiendas de vino, circulaban obreros, pintores, estudiantes. Jorge Piqueras estaba como siempre, duro y ágil, sonriente y rotundo, tomando las cosas por la garganta, pero movido por el amor feroz, no por el odio. Jorge Piqueras estaba como siempre.

Desde entonces ha permanecido trabajando en París, salvo un brevísimo paso por Lima hace dos años, con motivo de su exposición en Nueva Yor. De sus exhibiciones hemos tenido noticias por las revistas de artes.

De sus pinturas hemos visto escasas e intensas muestras en alguna colección amiga. Ultimamente, sin embargo, una información nos hace saber que a Jorge Piqueras le ha si-

do otorgado el Premio de la "Copley Foundation" correspondiente a 1965. Un Jurado compuesto por Marcel Duchamp, Roland Penrose, Herbert Read, Max Ernst, Roberto Matta, Patrick Waldberg y el propio Copley ha discernido este galardón a Jorge Piqueras. Entre los artistas que han obtenido anteriormente el mismo premio figuran Magritte, Barnes, Jacques Herold. Esta relación de nombres, entre los que aparecen algunos que son llaves de la crítica y de la creación contemporánea, hace inútil todo comentario. Pero hay aún más. Alain Jouffroy, uno de los más lúcidos abogados de la condición visionaria del arte moderno, en su último libro "Une révolution du regard" (Ediciones Gallimard, París, 1964), considera en estos términos la

obra de Jorge Piqueras:

"...la disparidad de búsquedas, lejos de ser un defecto o una lamentable falta de cohesión, nos parece necesaria para la renovación de la imagen que nos hacemos del universo y contribuye a lo que se puede llamar la extensión de lo visible".

"Jorge Piqueras toma la medida de esta extensión en sus pinturas. Pero los elementos que él adiciona, recreados a la luz de una personalidad extremadamente fuerte, pertenecen a las múltiples realidades del recuerdo y la anticipación. Pasado, presente, porvenir y mito no se asignan límite en su espíritu. Su obra hace definir el principio de la realidad, razonar el principio del placer. Acopla el macrocosmos a la autobiografía, las leyes de la ma-

teria orgánica a la mecánica. La vida cotidiana a los símbolos que el espíritu inventa para protegerse del desorden. Todo es allí puro, aún los detalles violentos; todo es poético, hasta las decisiones de la voluntad. Piqueras inventa receptáculos de fuerzas contradictorias que una gran amplitud de visión convierte en complementarias".

He aquí —nos ocurre con frecuencia— a Jorge Piqueras redescubierto y revelado a través de sus obras desde el extranjero. Allí están su coraje, su terca dignidad, su pasión por lo absoluto, su horror por mostrarse sensible —puesto que lo es verdaderamente— y su apasionada voluntad de ir hasta el límite, más allá del límite, de no admitir límite.